

cia tribulacion, y á todos los fieles llorando, lloró con ellos y sudó copiosamente, ostentando el dolor que tenia de sus trabajos, y que padecía con ellos por el amor entrañable que les tenia, como á hijos suyos muy amados.

Fué tan pública esta maravilla, que llegó á oídos de los bárbaros apóstatas, y uno de ellos dijo por mofa: «Bien se echa de ver lo que siente que le quemén su templo, pues derrama tantas lágrimas;» porque el amor que la Beatísima Virgen tiene á los suyos, le conocen hasta los mismos bárbaros, los cuales prosiguieron su levantamiento, acometiendo á los demas pueblos de la isla, abrasando los templos, y ultrajando las imágenes, y profanando los vasos y ornamentos sagrados, y haciendo gran carnicería en los fieles.

Pero no se fueron sin castigo, porque vinieron los gobernadores españoles con ejército formado, y los cercaron, y vencieron, y sujetaron con muerte de muchos; y el malvado Somoroy, que mató al santo mártir, fué degollado por un indio, y puesta su cabeza para escarmiento de todos en parte pública, con oprobio eterno.

Este dichoso fin tuvo el bendito P. Miguel Ponce, muriendo como valeroso capitán de la milicia de Cristo por su santa fe, firmando con su propia sangre la doctrina evangélica que predicaba.

P. ANDRADE.

P. VICENTE DAMIAN

LEY es establecida por Dios que los consortes en los trabajos, lo han de ser también en la corona, y que los obreros de su viña lleven el jornal de sus fatigas conforme á sus merecimientos, como se verificó en los Apóstoles, todos los cuales padecieron por Cristo y fueron coronados con Cristo, recibiendo el premio de sus trabajos á la medida de sus merecimientos.

Todo lo cual se verificó también en estos dos grandes obreros de la viña del Señor, los PP. Miguel Ponce y Vicente Damian, ambos compañeros en la predicación, ambos obreros infatigables de la viña del Señor, ambos consortes en el ministerio de la salvación de los indios en la misma isla, residencia y lugares, y ambos también consortes en la corona del martirio, y ahora en la de la bienaventuranza, que gozarán eternamente con Dios.

Nació, pues, el felicísimo P. Vicente Damian el año de mil y seiscientos y

trece en el reino de Sicilia y en la ciudad de Randolo, á los diez y siete de octubre, de padres pios, nobles y honrados, celosos del servicio de Dios, los cuales como tales, procuraron desde luego inclinar á su hijo á la virtud, criándole en santas costumbres en el temor del Señor.

Fuéle fácil hacerlo, porque le dotó el cielo de un natural blando y dócil, y de su cosecha muy inclinado á las cosas santas y devotas, gastando en ellas el tiempo que los de su edad gastaban en juegos y pasatiempos; y no sólo se ocupaba en esto, pero dando entónces prendas del celo de las almas que habia de arder en su pecho, llamaba á los otros niños y los traía con dádivas y caricias á que le ayudasen en lo mismo, y se empleasen en el culto de los altares y servicio de las iglesias, con mucha edificación de todos los que le miraban tan dedicado á este ministerio, como si Dios le hubiera criado ángel para ocuparse en él.

En teniendo edad, le enviaron sus padres á estudiar Latinidad al colegio de la Compañía que hay en aquella ciudad, adonde aprendió con presteza las letras humanas, por ser de vivo ingenio y muy aplicado á todo género de virtudes: que el riesgo de estas hace fructificar en el alma con grande ventaja la semilla de las letras, y cuando falta, se seca.

Con el trato de los religiosos, y con su buen natural, y la inclinación á la virtud, se aficionó á la Compañía; y, obrando en su alma la divina gracia que le habia escogido para tanta gloria suya, pidió ser recibido en ella, con tantas veras, que los Superiores juzgaron era vocación de Dios, y así le dieron la ropa en el mismo colegio á los diez y siete de marzo de mil y seiscientos y treinta.

En el noviciado y en los estudios procedió como un ángel, ostentándose á todos ejemplo de observancia y dechado de toda religión; y por verle tan fervoroso le dieron los Superiores licencia para que comunicase á los estudiantes seculares, á los cuales aprovechó en letras, pasándoles las lecciones, y mucho más en virtud, encendiendo sus corazones en vivas llamas de amor divino con las que brotaban de su pecho en las palabras que salían de su boca y los razonamientos que les hacía en orden á su salvación; y por este medio ganó á muchos para Dios y los trajo al perfecto estado de la religión.

En acabando de oír la Filosofía, fué por obediencia á Milan á leer una cátedra de Gramática que regentó por cuatro años con igual provecho y edificación de sus discípulos, á los cuales no aprovechó menos en la virtud que en las letras.

Volvió después á Mesina á oír el curso de Teología, y aquí le llamó Dios para otra ciencia y Filosofía superior de la conversión de los infieles, oyendo

los muchos que se perdian en las Indias, y en especial en las islas Filipinas, por falta de predicadores y maestros.

Andaba el P. Juan de Bobadilla, Procurador de aquella provincia, alistando soldados de la milicia de Cristo para aquella espiritual conquista, y el bendito P. Vicente, con su fervoroso espíritu fué de los primeros que dieron sus nombres á esta milicia espiritual, pidiendo á nuestro P. General ser admitido en ella y pasar á las Filipinas. Y aunque fué de los primeros llamados, no fué de los primeros escogidos, porque corona tan preciosa quiso Dios que la comprase á costa de oraciones, penitencias, ansias, aficciones y diligencias: que lo que mucho vale, mucho cuesta.

Escribió al P. Mucio, General de la Compañía, dándole cuenta de sus deseos y pidiéndole que le enviase á Filipinas, y aunque llegó su carta á tiempo que estaba nombrando los que habian de ir á aquella mision, no le nombró, ántes le despidió, diciendo, que estaba ya lleno el número, y que por entonces no habia lugar su peticion.

Mucho se afligió el siervo de Dios con esta respuesta, viendo frustrados sus deseos y cerrada la puerta á sus esperanzas; pero no por eso desconfió de la misericordia del Señor, esperando, que pues le llamaba á aquel empleo, daria su divina Majestad córte como se cumpliese.

Habia en Mesina un siervo de Dios, que se llamaba Nicolás, el cual de turco se habia hecho cristiano por merced singular de la Reina de los ángeles. Frequentaba mucho los Sacramentos, tenia largas horas de oracion, no salia de nuestra casa, era hombre muy piadoso, de vida ejemplar, y corria fama que tenia revelaciones y otras mercedes de Dios.

Con este trataba el H. Vicente con familiaridad, como con siervo de Dios; y encontrándole en esta ocasion triste, trabó plática con él y le contó su afliccion y la causa de su desconsuelo. Suspendióse un poco Nicolás, como quien entraba en lo interior de su alma, y luego como volviendo en sí, le dijo: «No te desconsueles, Padre, que en este mismo año que estamos has de pasar á Filipinas.» ¿Cómo puede ser eso, replicó el H. Vicente, pues me escribe nuestro General que no hay lugar por ahora? A que respondió Nicolás: «Sí irás, sí irás, vuelvo á decir, y ya están en casa las cartas para que vayas.»

Admiróse y consolóse con el oráculo del recien convertido, y mucho más cuando, despidiéndose de él, recibió carta del General en que le enviaba á Filipinas en lugar de otro, que no habia podido ir de los que estaban señalados. Su consuelo fué á medida de su deseo: todos lloraron porque se iba, y sólo él no cabia en sí de alegría; y viéndose otra vez con el recien convertido Nicolás, y despidiéndose amorosa y caritativamente, le dijo las siguientes palabras, llorando arroyos de lágrimas: *¡Ay cuántos! ¡ay cuántos trabajos! ¡cuida-*

do, cuidado! y poco despues sonriéndose y abrazándole, dijo: «Ea, buen ánimo, que todo se acabará bien;» y con esto pasó á Nápoles á juntarse con sus compañeros.

Pero aquí tuvo nuevos combates, porque el P. Procurador que tenia á su cargo despacharlos, le dijo en llegando, que se volviese á Mesina, porque el número estaba cumplido y no podia ir; y esto con tanta resolucion, que no dejaba resquicio de esperanza ni lugar de apelacion.

Causóle suma tristeza tan inopinada nueva; fuése á Dios y á su Santísima Madre á negociar con ellos el cumplimiento de sus deseos, y movido interiormente, acudió al santo P. Vicente Carrasa, que era entonces P. Espiritual de la casa, y comunicóle su afliccion, pidiéndole consejo.

El buen Padre se le dió, y le animó y esforzó á proseguir en su santo intento, no obstante cualquiera contradiccion; y para vencerlas todas, le envió á la raíz, que es nuestro P. General. El cual le recibió con amor de verdadero Padre, y le dió su patente para que fuese á Génova, y de allí á España en compañía de los señalados para las islas Filipinas, adonde caminó, atravesando tierras y mares, gentes y naciones, dando en todas partes ejemplos de santidad con grandísima edificacion.

En la navegacion le dió el Superior oficio de enfermero, el cual hizo con mucha caridad, sirviendo á todos los enfermos, curándolos y regalándolos, con grande consuelo de sus almas y edificacion de todos.

Antes de partir de Génova, se ordenó de Misa, para la cual se preparó con muchos dias de oracion y penitencia, y la dijo con tal devocion que la puso á todos los que la oyeron, lo cual guardó siempre, con gran usura de su alma y de los que le asistian.

En llegando á las islas Filipinas, oyó dos cursos que le faltaban de Teología, y aunque pudiera pasar adelante con sus estudios y regentar las cátedras de Ciencias mayores, no quiso ocuparse en ellas, sino en la conversion de los indios á que habia venido; y, visto el fervor de su espíritu, le dieron los Superiores la mision más difícil y apostólica, que fué en las costas de Ibabao, cuyos habitantes son fierísimos por su natural agreste y bárbaro, inclinados á todo género de vicios y sedientos de sangre humana.

Esta conquista le cupo al P. Vicente Damian, en compañía del santo mártir Miguel Ponce, en la cual trabajó gloriosísimamente cuatro años que le duró la vida, predicando y enseñando á aquellas gentes con obras y palabras el camino del cielo, porque su santa vida fué una predicacion continua, siendo modestísimo, manso, apacible, sufrido y caritativo, con entrañas de padre para todos, procurándoles el sustento del alma y el alimento del cuerpo.

Fué hombre de grande oracion y de mucha penitencia, con que los tenia

admirados; humilde y pobre, y en todas sus acciones ostentaba santidad y religion, con que la persuadió á sus feligreses de manera, que vivian en hábito seglar una vida como religiosa.

Todos los dias se juntaban en sus casas, y los domingos y fiestas en la iglesia á rezar el Rosario de nuestra Señora á coros, y ninguno salia de casa sin traerle al cuello. Hizo poner en todos los aposentos donde vivian cruces, imágenes y agua bendita, y olvidar los nombres antiguos de sus linajes y llamarse siempre con el del santo bautismo. Enseñábales á frecuentar los templos, á ser devotos de los Santos y á encomendarles no sólo sus almas y sus hijos, sino tambien sus sementeras.

Hacia que frecuentasen la confesion, y daba la comunión á los más aprovechados, y para esta frecuencia fundó en sus lugares muchas congregaciones de nuestra Señora, de los indios más principales, no se teniendo por honrado el que no se alistaba en ellas.

Celebraba sus fiestas con danzas, y saraos, y máscaras y fuegos á la usanza de Europa, con procesiones de mucha cera y estandartes, cosa que los indios estimaban grandemente y venian desalados á las fiestas. Con estas y otras trazas semejantes los arraigaba en la fe, y los adelantaba en devoción y los encaminaba al cielo, desterrando los vicios de aquella nacion y conservándolos en paz, que es grande medio para la virtud.

No pudo el demonio sufrir tanta observancia y cristiandad en los que poco ántes eran los castillos roqueros de su idolatría, y ver adorado al verdadero Dios con tanto culto y reverencia adonde él tenia sus aras, y era adorado y servido como si fuera Dios; y viéndose desterrado y derribado de su antigua profesion, restó todas sus fuerzas en restituirse á su antigua idolatría, moviendo los ánimos de los hechiceros y abominables idólatras, para que se levantasen contra Cristo y contra los predicadores de su ley, con pretexto de libertad y de volver a sus antiguos vicios.

Los bárbaros conjurados contra Dios, quemaron sus iglesias y quitaron la vida al santo P. Miguel Ponce, como se dijo arriba, con increíble dolor del buen P. Vicente Damian, el cual fué sustituido en su lugar por Rector de aquellas reducciones, y las tomó tan á su cargo, que no dudó de poner la vida por sus ovejas, como buen pastor imitador de Jesucristo.

Movido de este celo, pidió una y muchas veces licencia á los Superiores para volver á los indios conjurados y reducirlos á su antigua fe y lealtad, fiando lo primero en la mano poderosa de Dios, y lo segundo en el amor que siempre le tuvieron. Y sus instancias fueron tales y las razones que alegó deshaciendo todas las dificultades que se podian ofrecer, que salió con su intento y obtuvo la licencia que pedia; y para mayor acierto, le dieron indios

prácticos y fieles que le acompañasen y defendiesen, y juntamente cédulas de perdon general á todos los que se redujesen al servicio del rey.

Armado, pues, con el celo santo de la gloria de Dios y la confianza en su divina proteccion, partió á los pueblos levantados, y se entró por medio de los enemigos de la fe, que se habian hecho fuertes en un monte, y les convidó con la paz y el perdon.

Recibiéronle con agrado y benevolencia, dando muestras de reducirse; y, para asegurarle más, le enviaron á visitar y dar la bienvenida los principales indios de los conjurados, con que el buen Padre dió por hecho el negocio y acabada la conjuración, esperando felicísimos sucesos con gran gozo de los fieles cristianos que estaban oprimidos de los bárbaros.

Despidió los indios que trajo de guarda, y reedificó lo mejor que pudo las iglesias que habian quemado; lo cual sabido por los agresores y que volvia á decir Misa en las iglesias, recibieron tanta rabia que, como unas fieras heridas, bajaron del monte á vengar su agravio en el inocente Padre; y lunes, once de octubre del año de mil y seiscientos y cuarenta y nueve al amanecer, cercaron la pobre casa en que estaba hincado de rodillas en oración, cumpliendo la regla de la Compañía.

Oyó el santo Padre el ruido de las armas, y luego reconoció la causa y la pretension de los homicidas; y, sin turbarse ni moverse del lugar en que oraba, tomó en las manos la imagen del santo Crucifijo, y le pidió perdon de sus pecados y tambien para sus homicidas, ofreciéndole su vida en sacrificio por ellos y por aquel rebaño que habia apacentado.

Estando en estos coloquios bañado en dulces lágrimas, entró el tirano Somoroy, que habia martirizado á su compañero, y él y los demas le dieron de lanzadas y le enviaron mártir al cielo, siendo de edad de treinta y seis años, y diez y nueve de Compañía.

Su muerte fué tan llorada de los buenos cuanto celebrada de los malos, á quien Dios envió presto su merecido castigo, padeciendo inmensos trabajos hasta morir á los filos de la espada.

Su cuerpo fué sepultado con grande honra de los indios católicos y venerado como de santo mártir de Cristo.

Este logro tuvieron los deseos con que este siervo de Dios atravesó el mundo, y vino desde Sicilia á las indias Filipinas á buscar el martirio y á dar la vida por Cristo, como lo dijo en Italia y en las Indias varias veces, y tuvo profecía de ello. Porque fuera de lo que Nicolás el turco convertido le dijo en Mesina, que habia de padecer mucho, y últimamente parar en bien, que fué anunciarle el martirio; una santa vírgen de Sicilia y otro Padre muy espiritual y santo de nuestra Compañía, que le amaban por su virtud, y sintieron

su partida, encomendándole á Dios y pidiéndole con mucho afecto sus buenos sucesos, los consoló el Señor, mostrándosele muy glorioso con aureola de mártir, y dándole á entender, cómo viniendo á las Indias habia de conseguir aquella gloriosa corona, de que ambos quedaron tan consolados, como envidiosos de su dicha, y lo dijeron á las personas que lloraban su partida, para que se consolasen, cuyo gozo se ha doblado cuando lo han visto cumplido.

Su divina Majestad, que premió sus fervorosas obras, nos dé parte de su espíritu para que le imitemos, despreciando el mundo y todas sus honras y deleites, y para emplearnos del todo en su santo servicio, hasta dar la vida con el mismo fervor y prontitud por la fe de Jesucristo.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DE ESPINOSA

EL año de mil y quinientos y setenta y ocho, nació este esclarecido varón en la insigne ciudad de Granada, de padres nobles y ricos no ménos de los bienes espirituales que de los temporales, católicos, pios y ejemplares en su estado y por sus virtudes merecieron tener un hijo que fuese honra de su casa; pues ninguno la honra más que un hijo santo, y el P. Pedro de Espinosa parece que lo fué desde los pechos de su madre, porque nunca se le sintió costumbres de niño, sino en pocos años costumbres de grande en la cordura, modestia, devocion con Dios y con sus santos, y en particular con la Santísima Virgen, á quien sirvió desde niño con tiernísimo amor y voluntad.

La Reina del cielo parece que le recibió desde luego debajo de su amparo, haciéndole continuos favores, como se vió en una grave enfermedad que tuvo en su niñez, que le puso en las puertas de la muerte; pero en ellas le dió la vida la que lo es de los hijos de la Iglesia; porque llorándole sus padres por muerto, acudieron al altar de nuestra Señora y le ofrecieron un voto por su hijo, y luego sin más plazos resucitó como de muerte á vida, recibéndola por la intercesion de la Santísima Virgen, á quien se mostró siempre agradecido por este beneficio.

Con la edad fué creciendo en la virtud. Estudiaba la Gramática y frecuen-

taba los Sacramentos, y todos los dias, en saliendo del estudio, al tiempo que los de su edad se iban á jugar y entretener en otros divertimientos, nuestro Pedro se iba á la iglesia catedral, y, postrado delante de la imágen de Nuestra Señora del Sagrario, perseveraba inmóvil largo tiempo, rezándole el Rosario y otras oraciones que usaba.

Frecuentaba las casas de religiosos, y gustaba mucho de su santa conversacion, y de oír los ejemplos de las vidas de los santos: y sucedió, que comulgando una vez en el monasterio de las Carmelitas descalzas, le vió una gran religiosa, que se llamaba Beatriz de San Miguel, y llamándole aparte, le dijo: *Mucho le ama Dios, y si le es fiel, ha de ser de grande provecho en su Iglesia*: profecía que se cumplió puntualmente, como se verá en el discurso de su vida.

Acabada la Gramática, pasó á estudiar Filosofía, y tuvo por maestro un varón espiritual y docto, el cual, conociendo su buen natural y la inclinacion á la virtud, le ayudó mucho en ella así con sus buenos consejos como con su ejemplo, que es la mejor exhortacion. Y viendo cuánto aprovechaba, le aconsejó que se opusiese al colegio de S. Ambrosio, que se fundaba entónces en Sevilla.

Llevóle con aprobacion universal, así por sus buenas letras como por sus buenas costumbres, moneda que corre en todas partes con su debido valor.

Aquí comenzó á ostentar el suyo el nuevo colegial, dando resplandores de su mucha virtud, con que encendía á los demas y los traía en pos de sí al servicio de Dios, y los apartaba de los vicios, exhortándolos con sus palabras y moviéndolos con su ejemplo á la devocion y frecuencia de sacramentos y á las obras de piedad, de suerte, que por su santa industria parecia el colegio de seglares una casa de observante religion: tanto como esto puede en una comunidad un hombre de celo y buen ejemplo, á quien Dios comenzó desde este tiempo á descubrir sus secretos con particular favor.

Rogándole por un hermano suyo, se le mostró en vision imaginaria difunto y ahogado, hinchados el rostro y vientre y algo desfigurado: y aunque no entendió entónces lo que significaba la vision, el efecto se la declaró, viéndole poco despues traer ahogado y difunto en la forma que Dios se le habia mostrado; que fué la primera y principio de otras muchas revelaciones que tuvo del Señor. Porque como veremos, fué hombre de alta oracion y muy favorecido de Dios en ella desde que era seglar, en el cual tiempo hacia muchas y muy rigurosas penitencias de ayunos, cilicios, vigiliias y sangrientas disciplinas.

Ardia tal fuego en su corazon, que todo se abrasaba en deseos de amar y servir á Dios, y padecer mucho por Él, y de que todo el mundo le conocie-